

ISABEL REVUELTA POO, *HIJAS DE LA HISTORIA. LAS MUJERES QUE CONSTRUYERON A MÉXICO*, MÉXICO: PLANETA, 2021.

DOI: 10.15174/orhi.vi17.15

La autora busca reivindicar el papel de la mujer en la historia de México, señalando la presencia de ella en los cinco grandes momentos de la historia nacional. Episodios identificados como los grandes momentos que conformaron la nación como hoy la conocemos, por lo que parece ambicioso hacer un recorrido de la historia nacional, mencionando al menos una mujer cuya vida e imagen pudiera resultar emblemática para cada época.

Adentrarse en la lectura del texto resulta interesante y enriquecedor para ser una recopilación de biografías sobre mujeres famosas en la historia nacional, sin embargo, la autora muestra cómo cada mujer seleccionada compartió características de personalidad, que, sin ser subversivas u oponerse abiertamente al orden de las sociedades a las que cada una de ellas perteneció, supieron aprovechar sus circunstancias y habilidades particulares para empujar los límites del papel que les estaba marcado.

La obra está dividida en cinco bloques temporales: el primero, sobre México prehispánico y la conquista, en el que analiza las figuras de Malintzin y la princesa Tecuichpo. El segundo, acerca del México virreinal, presenta los casos de Mirra, Catarina de San Juan, “la China Poblana”, y el de Juana Inés de Asbaje y Ramírez o Sor Juan Inés de la Cruz. El tercero, sobre la Guerra de Independencia, el caso de María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, es decir, la Güera Rodríguez. El cuarto, México independiente, cuenta con Frances Erskin English o la Marquesa de Calderón de la Barca y Concepción Lombardo de Miramón. Finalmente, el quinto, Porfiriato, Revolución y siglo xx, como el más ambicioso y complejo por la compaginación de las etapas, pues tanto Carmen Serdán, como Antonieta Rivas Mercado y la propia Dolores del Río, vivieron el tránsito entre dichas etapas.

Es así que en el primer bloque, México prehispánico y la Conquista, la autora analiza las figuras de Malintzin, la mujer ofrecida como botín de guerra a Cortés, con quien se forjaría una de las duplas más trascendentales de la historia; y la de la princesa Tecuichpo, hija predilecta de Moctezuma, posteriormente rebautizada como Isabel Moctezuma, en honor de la reina de España y ostentando su origen dinástico. La autora señala que la vilipendiada figura de Malintzin es una de las que más merece una revisión histórica, ya que aquellas ideas de la traición a su “propio pueblo”, y su ambición desmedida, como las



características de su conducta son injustas, pues no se puede hablar de traición a la nación mexicana cuando ésta aún no existía. Tecuichpo, rebautizada como Isabel Moctezuma, al igual que Malintzin, vivió el catastrófico cambio de orden que la llegada de los españoles trajo a su mundo. Abrazó la fe católica y aceptó con resignación el destino de su pueblo. Casada en seis ocasiones con líderes mexicas y con importantes hombres españoles, la complejidad que se forjó alrededor de su persona realmente merece más atención de la que se le ha dado hasta ahora.

El segundo bloque, México virreinal, presenta los casos de la China Poblana y Sor Juan Inés de la Cruz, ambas religiosas por diferentes razones y con circunstancias problemáticas a las cuales el camino de la religión podía ofrecer solución. El caso de la China Poblana implica varias dinámicas de la época, desde la ruta de la Nao de China, como el comercio de esclavos, entre otras. El origen de Mirra, como lo señala la autora, parece un cuento y el que además tuviera visiones sacras es una característica llamativa. Por su lado, Sor Juana Inés de la Cruz es la primera de las figuras biografiadas que muestra una menor capacidad para la adaptación, no es que fuera rebelde, su educación fue tan religiosa como debía serlo, pero su inteligencia y su afán por conocer resultaban excesivos, incluso para un hombre de la época. Su decisión de convertirse en monja denota, sin embargo, dicha adaptación, pero su intelecto superior al común le atrajo tanta desconfianza que ni siquiera bajo la protección del claustro pudo escapar de la condena social que no toleró aquella capacidad por parte de una mujer.

La guerra de Independencia, tema del tercer bloque, presenta el caso de María Ignacia Rodríguez de Velasco, “La Güera Rodríguez”. Su leyenda empaña los hechos de su vida, por lo que llegar a un conocimiento objetivo de su personalidad puede representar un reto para cualquier historiador, pues su belleza descomunal resultó ser un rasgo que ningún contemporáneo pudo dejar de señalar palideciendo así el resto de sus características. Aun así, la autora señala que participó activamente en las juntas patrióticas e incluso organizó las propias, aunque los rumores de sus amoríos ilícitos parecen mucho más sobresalientes que sus labores políticas, sesgando así su imagen.

El cuarto y penúltimo bloque sobre la era independiente toca los casos de la marquesa de Calderón de la Barca y Concepción Lombardo de Miramón. La

primera, Frances Erskine English, de origen escocés, viaja a México con su marido, tiene la oportunidad de conocer personas y paisajes diversos, reportando todo por medio de la correspondencia que sostuvo con sus familiares, misma que constituyó un diario de viajes. La elección de la autora obedece a la capacidad de *madame* Calderón de la Barca para comprender el entorno que visitaba mejor que varios de sus contemporáneos varones a pesar de haber sido víctima de críticas destructivas por parte de sus contemporáneos, quienes señalaban fuertemente su condición de mujer extranjera.

Concepción Lombardo de Miramón podría pasar por la elección más escandalosa si ésta fuera una historia patria, clásica y oficial. Afortunadamente la postura de la autora es más bien crítica, con lo que esta funge como ejemplo de la percepción del ala conservadora nacional acerca de la etapa independiente. Planteando que ser conservador no siempre significó estar de acuerdo con el imperio de origen europeo, el fusilamiento de su marido y la nula piedad mostrada por Juárez la llevaron a escribir sus memorias, pese a la deficiencia de su educación, propia de la época para el caso de las mujeres.

Finalmente, el más complejo y ambicioso bloque, pero al mismo tiempo condensado, versa sobre: Porfiriato, Revolución y siglo xx, la modernidad. Las mujeres en cuestión son: Carmen Serdán, Antonieta Rivas Mercado y Dolores del Río. Si bien la figura de Carmen Serdán parece corresponder al Porfiriato, las actividades que la llevan a trascender en la historia ocurren durante el proceso por el cual se gesta la Revolución, por lo que más bien corresponde al final de dicho periodo. Lo mismo ocurre con Antonieta Rivas Mercado, que se la identifica con la etapa revolucionaria, su padre brilló durante el Porfiriato y ella lo hizo durante el inicio de la estabilidad del siglo xx. En el caso de Dolores del Río, similar al de Antonieta, es quien llega más lejos temporal y culturalmente en el siglo xx.

Carmen Serdán y el eterno dilema de si disparó o no contra los federales que masacraron a su familia, funge como ejemplo de la participación activa de las mujeres en los ámbitos público y político, aunque disimulando su condición femenil. Publicó contra el régimen porfirista en coautoría con sus parientes masculinos bajo el seudónimo de Marcos Serrato, donde señalaba que el orden y el progreso porfirista no les había tocado a todos y, al igual que la Güera

en su época, perteneció y participó activamente en clubes políticos contra la dictadura porfiriana.

Antonieta Rivas Mercado se enfrentó más abiertamente que ninguna antes a las limitantes que su época le imponía sólo por ser mujer, su trágico final es prueba de cómo perdió dicha batalla. Parte de la generación de artistas contemporáneos, mecenas de varios de ellos, escritora, hija del arquitecto Antonio Rivas Mercado, educada como intelectual, talentosa, se vio cooptada por las costumbres de la época, su matrimonio fallido añadió frustraciones a su vida, la muerte de su padre, el rechazo materno, circunstancias todas que la empujaron en su fatídica decisión.

Por su parte, Dolores del Río se casó siendo muy joven con un hombre que le llevaba varios años. Su belleza y carisma le ayudaron a convertirse en una exitosa actriz de Hollywood. En un giro del destino, su carrera artística alcanzó un prestigio que le permitió actuar con una independencia desconocida por todas las mujeres previamente mencionadas, al grado de que los detalles de su vida personal no le acarrearón una mala imagen social o el repudio de su público.

Es así que puede observarse cómo la autora hace un paralelismo entre la evolución de la nación mexicana desde su origen prehispánico, cuando ésta aún no existía, pasando por sus diferentes etapas históricas hasta la modernidad, cuando su independencia nacional queda completamente constituida y ha adquirido la capacidad de hacerse valer ante las demás naciones como una más, con la misma forma como las mujeres de dichas etapas históricas sobrevivieron a sus contextos haciendo lo que fuera necesario, desde adaptarse a los cambios, transformándose de ser una princesa mexicana a una ferviente dama católica, sin dejar de probar la resistencia de lo establecido por ello, como Sor Juana o la propia Güera Rodríguez, quienes actuaron en los límites de lo que les estaba permitido como mujeres, hasta luchar abiertamente por el derecho a expresarse como individuo a la par de un hombre, como Antonieta Rivas Mercado.

Todas las mujeres de este libro se vieron siempre limitadas por los prejuicios y los estándares de sus respectivas épocas, aun así, varias de ellas actuaron contracorriente, y participaron abiertamente de las acciones que transformaron su mundo y lo convirtieron en otro completamente diferente. Algunas de ellas debieron vislumbrar la magnitud de los acontecimientos que se avecinaban y decidieron unirse

a los cambios a fin de sobrevivir, como Malintzin, la Güera Rodríguez o Carmen Serdán, quienes, como lo señala la autora, se unieron a la protesta y confrontaron el orden establecido, aprovechando momentos cruciales en que, sin que nadie esperara nada de ellas, sobresalieron por sus capacidades.

Los casos de la princesa Tecuichpo, la China Poblana y Sor Juana Inés de la Cruz, quienes abrazaron la fe católica, buscaban en ella un escape a las condiciones sociales que las restringían o que habían cambiado radicalmente, dejándolas sin ninguna otra opción. Al menos dos de ellas lo consiguieron, pues en el caso de Sor Juana Inés de la Cruz ni siquiera bajo el cobijo del claustro encontró un refugio para sus particularidades.

Antonieta Rivas Mercado, *madame* Calderón de la Barca y Concepción Lombardo de Miramón, en cambio, se ubicaron, por azares de la vida, justo en el bando opositor, sinónimo de perdedor, en sus respectivas épocas y sociedades, por lo que, sin importar la valía de sus aportes, sus figuras se encuentran sesgadas por la historia oficial, y al menos dos de ellas enfrentaron la tragedia. Mismo caso que el de La Güera Rodríguez, cuya figura aún en la actualidad no evoca precisamente a una heroína de la patria, menospreciando sus acciones, y trascendiendo más por los rumores de sus conductas “reprobables”.

Dolores del Río representa la modernidad y es la única que parece tener una vida plena y que logró disfrutar su libertad sin que las convenciones sociales le restringieran al grado de frustrar su vida. Luego de todo lo anterior se puede concluir (aunque en el libro no se incluye un apartado en ese sentido), que los análisis de la autora se caracterizan por una mirada historiográfica fresca y revisionista que tanta falta hace en la historia nacional, pero sobre todo en la historia de las mujeres, especialmente de aquellas cuyas figuras han sido presentadas de formas poco halagüeñas según intereses de quienes escribieron la historia.

Elizabeth Viveros López
 Universidad Veracruzana, México
 ORCID: 0009-0008-5482-0465
 elivive.86@gmail.com